

LA IDEALIDAD EN LA OBRA DE ARTE

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL SEÑOR

DON FRANCISCO JAVIER AMÉRIGO

EL DÍA 21 DE OCTUBRE DE 1900

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FORTANET

IMPRESOR DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Calle de la Libertad, núm. 29

—
1900

REAL ACADEMIA
DE
BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

LA IDEALIDAD EN LA OBRA DE ARTE

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

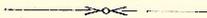
REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL SEÑOR

DON FRANCISCO JAVIER AMÉRIGO

EL DÍA 21 DE OCTUBRE DE 1900



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FORTANET

IMPRESOR DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Calle de la Libertad, núm. 29

—
1900

DISCURSO

DEL SEÑOR

D. FRANCISCO JAVIER AMÉRIGO

SEÑORES ACADÉMICOS:

Si únicamente impulsados por vuestra benevolencia, á pesar de la poquedad de mis méritos me habéis elevado al sitio que nunca soñé alcanzar, no es nada extraño que desde esta cumbre sienta el desvanecimiento que las alturas producen, y que con pasmo de mí mismo, y con asombro de verme entre vosotros, no acierte con las palabras que os puedan demostrar mi inmensa gratitud y tenga, para bien expresarla, que recurrir á la muda elocuencia de la emoción sentida en este instante; emoción justificada doblemente, porque si honrosísimo es siempre el lugar que me habéis concedido, adquiere en esta ocasión mayor estima ante mis ojos, por haber sido ocupado en día más dichoso para esta egregia Corporación por el Excmo. Sr. D. José Casado del Alisal, una de las personalidades más salientes de la pintura moderna, una de las glorias más legítimas de las artes españolas.

Nacido para el cultivo de la profesión, que luego enalteció tanto con sus obras, fué uno de aquellos artistas que desde niños corrieron detrás de un ideal y uno de los que más contribuyeron al gran movimiento artístico en su época iniciado. Entusiasta de todo lo noble, fiel cumplidor de los

deberes que la honradez impone, caballero intachable, correcto y lleno de distinción, supo imprimir en sus obras su propio carácter, dando á la ejecución una elegancia que cautiva por lo franca, y guiar siempre la fuerza creadora de su espíritu á las esferas elevadas de la pintura.

Pero, para desgracia de todos los amantes del Arte, cuando todo le sonreía, cuando eran más luminosos los destellos de su genio, el destino, celoso de tanta gloria, nos arrebató al eminente artista llevando su alma á más puras regiones, dejándonos como consuelo, sin embargo, de tan inmenso dolor, la idea de que si el hombre ha desaparecido de entre nosotros, su recuerdo no se extinguirá nunca, porque los seres creados por él, y que vivirán eterna vida, cuidarán de hacerlo inolvidable.

Y ahora, para cumplir el precepto reglamentario y no abusar de vuestra indulgencia, me ceñiré á manifestar mi opinión acerca del estado actual de la Pintura y á hacer, algo así, como mi profesión de fe, exponiendo mis creencias respecto del Arte.

No son en realidad, fuerza es confesarlo, nada favorables para su expansión y engrandecimiento los tiempos que corren, debiéndose temer que hasta para su existencia resulten peligrosas las tendencias dominantes en estos momentos, dirigidas únicamente hacia la copia servil de la Naturaleza con olvido completo de que la misión del Arte es más levantada y alta.

El Arte es la manifestación de la Belleza tanto moral como física, y claro está que para exteriorizar una idea ó un sentimiento, es preciso valerse de una forma concreta; necesarios son para ello el constante estudio y la concienzuda consulta del natural, que es un medio de inmensa importancia é imprescindible de todo punto, pero que no puede por sí solo constituir el fin de la obra de Arte, la cual, para cumplir su

objeto, ha de dar apariencia real á la idea que brota en el entendimiento, y forma sensible á un latido del corazón y á una vibración del alma.

La obra de Arte tiene su génesis en el pensamiento y en la voluntad; y cuando estas facultades del espíritu, unidas al sentimiento, tratan de dar realidad á lo soñado, es preciso que encuentren dócil auxiliar en la mano, que sumisa y obediente ha de seguir el impulso inicial; y para que la forma corresponda al fondo, debe abandonar todo amaneramiento adoptando la ejecución más en consonancia con el asunto, de suerte que si éste es idílico, sea el modo de hacerlo accesible á los sentidos, delicado; si sublime, de sencillez grandiosa; si bélico, rudo; si el asunto es placentero, gracioso el modo de expresarlo; que todo, en una palabra, se concierte para que el conjunto armónico exista entre los diversos elementos que concurren á formar la verdadera obra de Arte: que la armonía entre el fondo y la forma es condición esencial de la Belleza.

Tal es el concepto para llegar á la cima; pero éste que es el camino que va á la perfección á que se puede aspirar, porque en absoluto nunca son perfectas las obras humanas, no es el que siguen los pintores de nuestros días, quienes, como queda dicho, van tras la fiel imitación de la Naturaleza como único fin de sus deseos; y en lo que se refiere á esta aspiración, justo es confesar que algunos de ellos, grandes maestros en el bien hacer, que dominan el color y la luz, imprimen en sus cuadros un sello de realidad digno del mayor encomio: no puede llevarse, en efecto, más allá la representación del natural ni puede expresarse sobre el lienzo de un modo más franco.

Basta visitar una vez nuestras Exposiciones para convenirse del crecidísimo número de pintores con que contamos, de muchas y excepcionales condiciones para el cultivo del

Arte: por eso es más sensible que entre tanto admirable trozo de buena pintura sean tan pocas las obras que tengan un concepto elevado.

En cambio, por todas partes se notan los efectos del vértigo llamado «modernismo», que todo lo rige como señor absoluto del mundo, y que, orgulloso de vivir en estos días, abomina de lo pasado, de aquellas Bellas Artes que, por error sin duda, fueron estimadas como buenas, y con propósitos regeneradores trata de formar, con su carácter novísimo y especiales tendencias, un Arte moderno hecho á su medida y á su propia imagen.

¡Un Arte moderno!

La denominación adoptada produce desde luego alguna extrañeza, porque lo moderno es lo que se verifica durante los tiempos en que se vive: de modo que no es permanente, y va pasando según las existencias de los humanos pasan; es decir, que lo que ayer fué moderno, hoy no lo es, ni lo de hoy lo será mañana. Más claro aún: que las canciones de Mingo Revulgo fueron modernísimas en los días de la Beltraneja, como para nosotros lo son las obras literarias de nuestros contemporáneos, resultando de aquí, que pretender fundar algo firme sobre terreno movedizo, no parece discreto ni es comprensible apenas.

Pero supongamos que entendemos perfectamente lo que quieren decir con lo del Arte moderno: vamos á ver si lo actual puede dar vida á un Arte verdadero; y para el estudio de lo que ha de servirles de base, pasemos á examinar la característica de la época presente. Ésta es la velocidad, la brevedad, la apreciación del tiempo.

Con los prodigiosos inventos de nuestro siglo, se ha alterado por completo el modo de ser de las edades pasadas; á la antigua quietud y marcha tranquila, ha reemplazado la actividad vertiginosa; en lugar, por ejemplo, de aquellos vehícu-

los, que tan difícil y penosa hacían la traslación de un punto á otro, tenemos la locomotora, la bicicleta y el automóvil, y se estudia la navegación aérea para poder volar por los espacios.

El telegrama, con su estilo contraído y abreviado, influye poderosamente en la literatura, obligándola á ser concisa y sintética, y en lo rítmico sustituye la oda majestuosa y grande con la rima de cortas dimensiones, como en la prosa, la monumental novela de interminable lectura, con la de proporción reducida ó el cuento rapidísimo, febril y contundente. El teatro, para seguir también el impulso moderno, empequeñece la duración de sus espectáculos haciendo las funciones por horas, reemplazando el drama en cinco ó más jornadas, de bellísima forma literaria, por la zarzuela en un acto, por la revista cómica, por la piececilla ligera ó por el sainete escrito en el flamenco más puro.

La Arquitectura, la Música y la Escultura son del mismo modo arrastradas por la ola revolucionaria, y, abandonando los viejos moldes, tratan de formar otros más en armonía con la civilización presente.

La Pintura hace esfuerzos por penetrar en el campo del modernismo: sobre ella ejerce la fotografía, igualmente, su acción rápida, y le facilita los medios de abreviar sus trabajos, bien que obligándola á acortar sus vuelos. Los cuadros religiosos, de historia, y todos aquellos que por su índole exigen reflexión profunda y estudios largos, están completamente proscritos, y en su lugar triunfan los de costumbres actuales, vulgarísimos las más de las veces; los caprichos fantásticos de los impresionistas y pre-rafaelistas, la espontánea mancha de color, el cuadrado de caballete, la tablita, todo lo que pueda realizarse en poco tiempo, y evite pérdida en meditaciones prolijas, porque el caso es producir mucho, aunque el Arte no alcance de tanta producción el beneficio.

Así es, que teniendo en cuenta estos antecedentes, por mí estimados funestos para su salud, es de creer que la base del novísimo que se trata de formar será la instantánea, como ya se manifiesta en algunos cuadros, y parece lo natural y lo más indicado.

Y por lo pronto, en gracia de la brevedad puesta en uso, dejando esta cuestión hasta que los reformistas resuelvan su problema, demos paso nosotros á preocupaciones más hondas, que justamente hace sentir la afirmación hecha por un sabio pensador de que la Ciencia en su ímpetu incontrastable anulará por completo al Arte, siendo al fin causa de su muerte. Pronóstico siniestro, que hay que confesar, tiene grandes apariencias de ser realizado, si no en un todo, en alguna parte al menos. Imposible de toda imposibilidad el sustraer al Arte de la influencia de los tiempos en que vivimos. La máquina, con indomable empuje, domina al Universo: en realidad es avasalladora su pujanza.

Ella, por medio de unos hilos, rasga las fronteras, une unos pueblos á otros pueblos, transmite el pensamiento y llena, en ocasiones penosas, nuestro hogar de calma y alegría, trayéndonos en un soplo noticias tranquilizadoras desde remotos países. Ella, con asombrosa precisión facilita todos los trabajos de la vida; todo lo reproduce, todo lo multiplica. Anda, se mueve, camina, conduce la humanidad de una región á otra; suprime las distancias, todo lo acerca, todo lo une. Forja el rayo, y con potente mano lo pone á su servicio, le imprime dirección, lo enfrena y lo esclaviza. Ella, invadiendo los terrenos del Arte todo lo copia, todo lo reproduce con justa fidelidad; la imagen, la expresión, el campo, el cielo, el mar, lo grande, lo microscópico, todo lo que mira. Forzoso es reconocer que en este punto no admite competencia. Fuera locura el intentarlo. Ella lo puede todo; ella corre, vuela, habla, construye, de-

rrumba; enriquece con protectora mano todo lo que toca ó todo lo extermina, vertiendo en cruda guerra lluvia infernal y abrasadora. Lo que le falta es el don de pensar y de sentir, y en esto estriba el poder de las Artes. En lo intangible, en lo incorpóreo, en lo espiritual, en lo soñado, en lo etéreo, en eso está la fuerza en que hemos de apoyarnos para que el Arte no se extinga nunca.

Llevar á lo infinito su concepto, tratar de que la idea, que el pensamiento, génesis de la obra, con su hálito de eternal vida la haga imperecedera, es á lo que debe aspirar el artista; éste debe ser el móvil que sus esfuerzos guíe.

Los nuestros, Señores Académicos, según mi humilde opinión, han de ir encaminados á velar siempre por el prestigio de la escuela española, á inculcar sanos principios, puras ideas, conceptos acertados; fomentar el amor hacia lo bello; proteger según nuestras fuerzas lo consientan á todo el que intente sublimar la obra, sea el que fuere el procedimiento ó estilo de que el pintor se valga para conseguirlo; démosle franco aplauso á todo el que dirija el pensamiento al «más allá», noble deseo de la aspiración humana, á todo el que persiga con afán laudable el mejoramiento, que busque la perfección, sea cual fuere la tendencia de escuela que el artista profese. Volvamos la vista llenos de esperanza hacia esa juventud, que en los albores de la vida, anhelante de gloria, viene á ofrecerle la savia vivificante de su pura sangre, y penetra con pie seguro y ánimo esforzado en la senda de abrojos y de espinas que conduce al templo de la fama. Ayudadla en su noble pretensión con los consejos de vuestra experiencia; estimuladla para que no desmaye; animadla sin cesar en sus propósitos levantados; tened para ella cuidado paternal; evitadle todo peligro; arracad de su paso todo aquello que pudiere manchar su límpida vestidura: hay, para que no se malogre, que cuidar de ella como de

flor delicada expuesta á la tormenta, y cuando notéis que vacilante se inclina al suelo, bajo el peso de la duda respecto al concepto pictórico, decidle que la manifestación visible de una idea y de la vibración de un sentimiento, la demostración de la Belleza, y la transmisión de la vida á la materia inerte: eso es el Arte.

Concebir una idea á estímulo de la voluntad y del entendimiento; desarrollarla con el concurso del sentimiento en las regiones del espíritu, llevarla de lo abstracto á lo concreto, de modo que conserve la purísima esencia de lo pensado y sentido, es haber hecho una creación artística, es elevarse sobre el nivel humano, es ir hacia lo divino, es tener algo de Dios.

Dejar que vibren las fibras del sentimiento al impulso de una emoción trágica, tierna ó mística, como vibran las cuerdas del arpa eólica al contacto de los suspiros de las auras: hacer que con la obra realizada sientan los que la miran lo mismo que uno ha sentido; hacer que con ella se produzca en los que la contemplan conmovedora emoción, deleite purísimo ó celestial arrobamiento: eso es ser artista.

Adorar la Belleza es entonar cánticos de alabanza al poderoso Hacedor de todo lo creado, es rezar á Dios.

Terminar el trabajo concebido con alteza de miras, sentido é inspirado en el amor á lo Bello, dando á los seres que en él figuran vida y alma, haciendo que respiren ambiente oxigenado, que se muevan, que expresen, que hablen, que alienten, que convenzan por su verdad á todos: ese es el Ideal, ese el Concepto.

Para llegar á este término, hay que estudiar siempre el natural, el modelo que tenemos constantemente á nuestra vista; fijarse en la expresión que según el estado de un alma tiene el rostro; investigar la razón anatómica de la alteración de un semblante. Hay que saber sentir el momento en

que la naturaleza siempre hermosa, aparece más hermosa aún á nuestros ojos; saber elegir la ocasión más propicia para fijar en el lienzo, ora el conjunto majestuoso de preñadas nubes en momentos de tempestad, ora la esplendente luz del astro que á torrentes nos manda sus fulgores, ora la alegre calma de una mañana de primavera, con sus floridos árboles, su verde alfombra y sus lejanos términos llenos de encantos y de armonía; saber, en fin, sentir la belleza y la magnificencia de la portentosa obra del Creador.

Hay, además, que obligar al entendimiento á que esté en constante acción; hay que acostumbrarse desde jóvenes á pensar, aficionarse á ello, á comprender que el pensar es el recreo y el alimento del alma, y á no olvidar nunca que el Genio del Arte ha de sostener siempre su vuelo en las altas regiones, sin descender nunca á lugar donde las salpicaduras del lodo puedan manchar sus alas.

Y para concluir, Señores, hay que hacerles amar las pasadas glorias, y á todos aquellos pintores que han sido; hay que honrar su memoria, y tomar sus obras como punto de partida y continuar la hermosa tradición española, pero sin desconocer, ni ellos ni nosotros, que los tiempos presentes exigen una evolución, sin que pongamos en manera alguna obstáculos á la marcha natural del progreso; el progreso es necesario al organismo humano: progresar es vivir. Las aguas encharcadas sólo producen cieno y podredumbre, enfermedad y muerte. Huid de los pantanos si amáis la vida. Deséquense. Brote, en cambio, abundoso manantial; otórguesenos el don de dirigir el curso de sus aguas; desvíemos las de los estériles arenales; bajen de las alturas del monte con ímpetu poderoso brillantando á su paso las añosas y empolvadas piedras, embelleciendo y purificándolo todo, bajen al valle, extiéndanse por la sedienta comarca, lleven la alegría por doquier, fertilicen la tierra, y hagan

que á su impulso fecundante broten los sabrosos frutos, se cubra la campiña con las hermosas flores, surja la Belleza y el deleitoso encanto por todas partes, sonríanse al contemplar tanta magnificencia hasta los astros del cielo, y nosotros, los idólatras del Arte, unidos por el sagrado amor sentido hacia lo Bello, elevemos un himno de alabanza, un himno de gracias al poderoso y sublime artista: al Hacedor de todo.

Sí: hágase la obra inspirada en la Idealidad, sea el lauro para los que consigan realizarla, y para nosotros, la satisfacción inmensa de haber cumplido nuestro deber.

DATOS BIOGRÁFICOS

DEL ACADÉMICO

EXCMO. SR. D. JOSÉ CASADO DEL ALISAL

NACIÓ EN VILLADA (PALENCIA) EN 1832.

MURIÓ EN MADRID EN 8 DE OCTUBRE DE 1886.

En Plasencia comenzó Casado á manejar el lápiz, y á los 16 años, impulsado por su afición al Arte, vino á Madrid, é ingresó como alumno en la Real Academia de San Fernando, donde hizo rápidos progresos bajo la dirección de D. Federico de Madrazo, siendo en el año 1855 pensionado para ir á Roma, mediante previa oposición, en la que pintó su cuadro *Resurrección de Lázaro*.

Para la Exposición de 1858 envió la *Muerte del Conde de Saldaña*, presentando en la de 1860, *Un prisionero*, *Semiramis*, *En el infierno del Dante* y *Últimos momentos de don Fernando el Emplazado*, cuadro que obtuvo gran éxito y un primer premio, que demostraba un adelanto notable en el artista, y por el cual le fué prorrogada su pensión, pasando á Francia con el encargo de pintar *El juramento de las Cortes de Cádiz en 1810*.

Por este cuadro, que figuró en la Exposición de 1862 y es uno de los más hermosos que decoran nuestro Parlamento, le fué otorgada la encomienda de la Orden de Isabel la Católica.

En la Exposición de 1864 presentó la *Rendición de Bailén*, siéndole concedida otra primera medalla por este inspirado lienzo, y además otros dos cuadros *Un guante* y *Un retrato*.

En la de 1866 *Los dos Caudillos*, por el cual obtuvo una medalla de 1.^a clase (este cuadro está en el Senado) y un retrato de la Reina Doña Isabel II, notable por su verdad, ejecución y colorido.

En 1871 pintó la *Fura de la Constitución ante las Cortes españolas por el rey D. Amadeo*.

Son también de su mano *El responso en el interior de una capilla*, *La pereza*, *Los devotos de San Antolín en la Catedral de Palencia*, *Salida de misa*, *La reprimenda del lorito* y *El cuerpo de guardia*.

En 1873 fué nombrado Director de la Academia de Bellas Artes de Roma, cargo que desempeñó durante siete años.

Allí pintó y presentó en la Exposición Romana de 1875 *La Damsela azul* y *La Tirana*, que alcanzaron merecidos elogios de los críticos de aquella capital del Orbe Católico.

Los hermosos cuadros *La cigarra*, *La sultana*, *La favorita*, *La maja*, *Laura*, *Giorgione haciendo el retrato del Gran Capitán* y *Goya pintando una maja*, son prodigios de ejecución fácil y elegante, y exquisitas muestras de su delicado gusto y de su amor á la Belleza.

Pero donde hizo ostentación de todas sus grandes condiciones de artista fué en su cuadro *La leyenda del rey Monje*, grandiosa é inspirada concepción con la que llegó á la cumbre deseada, mereciendo sólo por esta obra el título de maestro en el Arte de la Pintura; presentada en la Exposición de 1881, obtuvo por ella cuatro votos para la medalla de honor.

El Gobierno le concedió la gran cruz de Isabel la Católica, y los artistas abrieron una suscripción para regalarle una corona de oro.

Son también obras suyas de verdadero mérito *Flora*, *Escenas de la vida torera*, *La conversación* y *La siesta*.

Santiago en Clavijo, pintado en un muro de la iglesia de San Francisco el Grande, cuando la dolencia que le llevó al sepulcro le quitaba las fuerzas, es la demostración más clara del poderoso esfuerzo de su voluntad y de su pasión por lo pictórico.

También son muy dignos de estima los retratos que hizo de D. Joa-

quín María López, Alcalá Galiano, D. Alejandro Mon, Espartero, don Alfonso XII, Emilio Castelar, Moreno Nieto y D. José Abascal.

En 1885 ingresó en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, leyendo el día de su recepción un notable discurso sobre *La pintura moderna*.

Era también Vicepresidente de la Sociedad de Escritores y Artistas, cuando la muerte le sorprendió en Madrid el día 9 de Octubre de 1886, llenando de profunda tristeza á sus amigos y admiradores.

Los restos fueron conducidos á Palencia, al panteón de sus padres, dibujado por el mismo malogrado artista, cuyo recuerdo será inextinguible mientras existan españoles amantes de las glorias de su patria.

CONTESTACIÓN

DEL SEÑOR

D. RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

ACADÉMICO DE NÚMERO

SEÑORES ACADÉMICOS:

Si ofrecieron siempre estas solemnidades interés excepcional y cumplido, y fueron muchas veces de verdadera transcendencia, tanto por la naturaleza y condición de las cuestiones debatidas, como por la calidad y la categoría de las personas, á quienes era dado en tales actos excitar vuestra docta atención, y en general, la de los entendidos,—permitidme comience hoy afirmando, después de haber oído el doctrinal discurso de nuestro nuevo compañero, que la solemnidad que en los presentes momentos celebra la Academia, si bien no por las personas, y esto sólo en cuanto á mí exclusivamente se refiere, por el asunto, al menos, reviste singularísima importancia, supuestas las circunstancias de lugar y de tiempo en que se verifica.

Organismo complejo, creado especialmente para promover á la par el estudio de las Bellas Artes, que se dijeron Nobles, estimular su ejercicio y difundir el buen gusto en el ejemplo y la doctrina,—contadas son, en el ambiente moderno, que todo lo transforma y aun desvirtúa, las ocasiones en las cuales es para ella lícito bajar á la arena ardiente de la lucha, tomar plaza entre los combatientes, exponer sus ideas, y ha-

cer oír su voz, en medio del tumulto que promueven arrogantes los luchadores, al disputarse con toda clase de armas el triunfo que pretenden.

Cada campeón que viene á este recinto, llamado por vosotros, consigo trae una afirmación categórica: la afirmación de los eternos, inmutables fundamentos del Arte, designados con el nombre de *buenos principios*, no negados, no contradichos en la febril contienda entablada, sino mirados con perezosa indiferencia y á través de los velos de la obsesión que domina por lo común á los cultivadores del Arte bello, desconcertados por el incesante borboteo de la ciencia y de la industria. Y como son ya, por fortuna, pasados aquellos tiempos en los cuales fué la Academia á manera de templo augusto, donde, á la sombra de paz, más bien ficticia que verdadera, tomaron asiento por derecho propio los dioses mayores del Arte, para dictar desde aquellas encumbradas alturas, cual desde otro Sinaí, las reglas y preceptos á que debían acomodarse el estudio y el cultivo de las Artes bellas,—vuestros elegidos de hoy se presentan siempre ante vosotros vestido el arnés de guerra, y su profesión de fe tiene las notas y la resonancia del clarín belicoso; pero, por desventura, el eco de sus clamores se pierde solitario en este recinto; los esfuerzos y la pujanza del nuevo luchador, resultan á la postre de todo en todo estériles, y, como dijo el poeta, y se ha repetido después en diferentes tonos:

el mundo, en tanto, sin cesar navega
por el piélago inmenso del vacío!

Con generoso intento por vuestra parte, reclutados son los nuevos paladines en todos los campos, sin distinción ni predilección alguna: sns méritos personales, una y cien veces acrisolados, y el voto unánime de la opinión desinteresada y entendida, que les galardona con el aplauso y el respeto, les

abren de consuno las puertas de la Academia. Y sea cualquiera el terreno por ellos escogido, como familiar y favorable, para hacer pública ostentación de sus ideas y de sus juicios, todos, reparadlo, Señores Académicos, todos sin excepción, y por distintos caminos, concluyen por afirmar sin vacilaciones ni reticencias, la inmanencia de los fundamentos del Arte, es decir, de aquellos *buenos principios*, invocados á la continua, preconizados siempre, y entendidos por cada cual, sin embargo, en la derivación de la obra artística, conforme á los medios de que su espíritu dispone.

Así, nuestro nuevo compañero. Con la personalidad que le distingue en medio de la universalidad del Arte bello de la Pintura, que es ya nuestra única gloria, el único laurel que se conserva fresco, de cuantos ciñó á sus sienes con legítimo orgullo la decaída y triste España, viene á demostrar el Sr. D. Francisco Javier Amérigo cómo aquella escuela valenciana, que tan singular prestigio obtuvo en pasados tiempos, no sólo vive y alienta, cual testifican con Martínez Cubells y con Muñoz Degrain otros muy insignes artistas en los actuales, sino que en ella se perpetúa con religiosa veneración el culto fervoroso á los eternos principios fundamentales de la creación artística.

Nacido en aquella hermosa ciudad que baña el Turia, cuyo ambiente impregnan las brisas del Mediterráneo y el aroma penetrante de sus celebrados jardines,—á la contemplación del maravilloso espectáculo con que brinda la regalada sultana del *Río-blanco*, arrebatada momentáneamente al poder de los musulimes en el siglo XI.^o por el esfuerzo incomparable del famoso héroe castellano, y definitivamente rescatada de la servidumbre islamita por la gloriosa espada de don Jaime I en la XIII.^a centuria,—como flor que se abre al beso fecundante de la primavera, sintió Amérigo abrirse su alma á los deleites puros é infalibles del Arte; y primero

bajo la dirección inteligente de D. Francisco Martínez, padre de nuestro Martínez Cubells, y más tarde en la Academia de San Carlos, madre venturosa de tantos artistas notables, y en la Escuela Superior de Pintura, Escultura y Grabado de esta corte, empezó á dar muestras señaladas de su ingenio y de su maestría.

Discípulo era de la clase de colorido en la última, cuando, entre otros cuadros, y entusiasmado con la egregia figura de Alfonso, *el Sabio*, aquella inmarcesible gloria nacional que llena por sí sola la segunda mitad del siglo XIII.^o y cuya luz esplendorosa ilumina con singular intensidad los siglos sucesivos, ideaba el joven Amérigo, y pintaba con sorprendentes aciertos, el solemne momento en el cual, guiado por nobilísimos impulsos, acometía y realizaba el hijo de San Fernando la empresa casi insuperable de someter á una sola legislación los reinos de León y de Castilla, promoviendo la redacción del Código inmortal de las Siete Partidas, obra maravillosa, tan injustamente juzgada por los juristas, quienes, sin acertar á discernir los varios elementos que la inspiran, la conceden muy escaso interés como original en el terreno del Derecho, cuando es venero riquísimo de enseñanzas inestimables en todos sentidos, y turquesa en que se funden, al fuego del amor patrio, las tradiciones nacionales, de latina extirpe, con las doctrinas fecundas de los Santos Padres, las de los filósofos de la antigüedad, las influencias de Oriente, y por último, la legislación de aquel pueblo, al cual había siempre mirado el hispano-latino cual maestro.

Al mismo tiempo, y conmovido ante las glorias, bien efímeras, de nuestra pobre España en Marruecos, las cuales constituyen tardío, estéril, é infructuoso episodio de aquella lucha gigantesca de ocho siglos, pues termina con el rescate de Granada, y tiene triste y vergonzoso epílogo en los días de Felipe III con la expulsión de los moriscos,—Amérigo pin-

taba otro cuadro, inspirado en la popular *Guerra de Africa*, con el cual obtenía medalla de plata en una Exposición regional celebrada en Alicante; y pasando luego á Roma, Panteón del Arte y regocijo y gloria de los artistas, enviaba desde allí el titulado *Un Niño*, galardonado en la Exposición Nacional de 1867 con honrosa mención de primera clase, así como en la de 1876 alcanzaba premio de tercera clase, por el cuadro *Un Viernes en el Coliseo de Roma*.

Dedicado después á la pintura escenográfica, por circunstancias que no son de este lugar, si lograba en ella muy lisonjeros éxitos, que todos vosotros recordaréis conmigo, fatigado al fin de aquella labor, y reclamado poderosamente por su vocación y por sus aficiones, concurría á la Exposición Literario-artística de 1884, en la cual recababa un Diploma de primera clase, y con D. Carlos Luís de Ribera, con Casado del Alisal, con Plasencia, con Hernández Amores, Martínez Cubells, Domínguez, Ferrant, Moreno Carbonero, Muñoz Degraín y otros, tomaba parte en la decoración espléndida de San Francisco el Grande, en Madrid, pintando en uno de los muros de la Sacristía la *Aparición del Divino Pastor al Santo*, fresco lleno de inspiración por el cual le fué concedida una Encomienda de número de la Orden de Isabel la Católica.

De triunfo en triunfo, y procurando siempre inspirarse en los *buenos principios*, que le habéis oído enaltecer por convencimiento, su notable cuadro *El Saqueo de Roma* ganaba para él medalla de primera clase en la Exposición Nacional de 1887, como en la Internacional de 1893 obtenía con general aplauso otra medalla de oro, de la propia categoría, su bien pensado cuadro *El derecho de asilo*. Y como no es posible enumerar en esta ocasión, ni lo juzgo necesario, todas las obras que llevan la firma de Amérigo, pues la fecundidad de éste ha sido grande, lícito me será recordar por lo menos,

entre otras muchas, el *Apostolado* que pintó para la capilla del Sr. Marqués de Linares, la *Inauguración de la Exposición Filipina*, lienzo encargado por el Ministerio de Ultramar, cuando aún tenía España colonias, los dos techos del palacio del Sr. Recur, y la valiosa colección de tapices pintados para la Diputación provincial de León, obras todas ellas que no le impedían consagrarse á las penosas tareas de la enseñanza, siendo en la actualidad Profesor numerario de la Escuela Superior de Artes é Industrias.

De propósito, Sres. Académicos, he omitido todo juicio respecto de las producciones del Sr. Amérigo, no temeroso de que fueran estimadas como fruto de pasión amistosa las palabras que hubiera podido pronunciar con tal intento, sino de ofenderle á él con mis elogios, y de ofenderos á vosotros, suponiéndoos desconocedores de los méritos preeminentes de vuestro elegido, á quien han traído aquí sus obras.

A este recinto vino también por virtud propia aquel eximio artista que se llamó D. José Casado del Alisal, cuyo puesto entre nosotros ocupa desde hoy el Sr. Amérigo, quien tiene con su antecesor notables semejanzas; aquél que supo fijar, años hace, y al lado del Sr. Gisbert, la atención de todos en el cuadro de los Carvajales, interpretando la fantaseada leyenda que dió al nieto de Alfonso X el sobrenombre del *Emplazado*: leyenda destituída de todo fundamento histórico, como tantas otras que corren cual verdaderas, y se deslizan por la fuerza de la costumbre, y á despecho de la crítica, en las páginas de los libros en que se aspira á recoger los testimonios del desenvolvimiento nacional, en el espacio y en el tiempo.

Casado, como Amérigo, como todos aquellos que, profesando el nobilísimo Arte de la Pintura, comprenden que éste nació para algo más que el reposo y la emoción momentáneos, producidos uno y otro ora por la belleza de la compo-

sición, ó por el concierto de las líneas, ora por la apacibilidad del colorido, ó por la verdad é intensidad del sentimiento, y ora por la armonía del conjunto, buscaba además el camino de hacer perdurable, y mantener constantemente fresca la emoción primera en el espíritu del espectador; de transmitirla sin menoscabo á las generaciones venideras, despertando en ellas el mismo interés, no debilitado nunca; de descubrir ante ellas, en todo tiempo y lugar, por modo permanente, sin vaguedades, sin sombras, sin crepúsculos, el espíritu vivo del artista, para conversar en el porvenir con los que han de sucedernos, que no sólo con los contemporáneos y presentes, hacerles sentir lo mismo que hemos sentido, hacerles amar lo mismo que hemos amado, levantar su alma, é identificarla, confundirla en íntimo abrazo, por virtud exclusiva del Arte, con la del que de tal manera las agita y las conmueve.

Fin es éste, señores, que únicamente es dable conseguir cuando la Pintura se hace devoto intérprete de los grandes sentimientos, y se pone por tanto al desinteresado servicio de la Historia, es decir, del sentimiento nacional, que ni perece ni se nubla, aun en medio de las terribles catástrofes, como las que nuestra España ha experimentado, y de los vaivenes y oscilaciones, más ó menos violentos, de la vida de un pueblo ó de una raza; fin que no se puede ya alcanzar en otras esferas, perdida ó debilitada por consecuencia de los tiempos aquella sincera devoción fervorosa de los pintores de otros días, quienes luchando con todos los inconvenientes y los riesgos, sobreponiéndose con frecuencia aun á la misma naturaleza, de la cual eran hijos, discípulos y admiradores, levantaban el espíritu, iluminado por los clarísimos esplendores de la fe, á la contemplación de la belleza religiosa, en horizontes ideales, no contemplados, ni accesibles jamás para nosotros.

¡Con cuánta verdad, y con cuánta maestría, la mano dies-

tra del Sr. Amérigo traza en breves pero enérgicas pinceladas el cuadro nada lisonjero de la Pintura moderna, sin recargar las tintas, ni exagerar las proporciones! ¡La Pintura moderna! ¡El Arte moderno! Es decir, ¡lo eventual, lo momentáneo, lo transitorio, lo inestable, lo inseguro, lo que ha de desaparecer, lo que ha nacido de la ocasión y ha de morir con ella, queriendo sobreponerse, anonadar y destruir con ambición desmedida é insana, lo substancial, lo permanente, lo cierto, lo que perdura y no cambia, lo que nació espontáneamente de la naturaleza y por la naturaleza, y ha de subsistir mientras subsista el hombre!

¡El Arte moderno! Lo que distrae, lo que produce impresión pasajera, lo que no obliga á pensar, ni impone fatiga, ni esfuerzo, ni molestia; lo que nada enseña, lo que apenas hace sentir, lo convencional, lo de moda, en una palabra, aquello que, como ha dicho el sabio á quien alude el Sr. Amérigo, ha de ser anulado, ha de morir por el impulso incontrastable no sólo de la Ciencia, sino también del tiempo.

Bien es verdad que la vida febril de la sociedad moderna ha de encontrar intérprete en todos los órdenes de su manifestación, y que el Arte no puede librarse de la influencia del medio, debiendo por ley natural é inevitable, reflejar todos los estados sociales; pero la fiebre ha de remitir, no sin que produzca extravagancias; la sociedad ha de entrar por nuevos derroteros, desconocidos hoy para nosotros, y el Arte, que parece hoy supeditado en mucha parte á la industria, que se deja arrastrar por la corriente, y que se muestra falto de ideales, el Arte, repito, ni ha de sucumbir por el impulso de la Ciencia, ni ha de perecer en manos de la industria, porque, como dice muy bien nuestro nuevo compañero, la Ciencia ha sido, es y será siempre impotente, á pesar de sus adelantos, para sentir y hacer sentir: que ciertamente «en lo intangible, en lo incorpóreo, en lo espiritual,

en lo soñado, en lo etéreo,» está la fuerza del Arte, no en la envoltura grosera que nada dice por sí, que nada expresa, sino aquello á donde no llegará nunca la Ciencia, por grandes que sean sus conquistas.

Y, caso extraño, Señores Académicos: mientras la Ciencia, en su afán inextinguible, procura penetrar en todos los campos, rasgar con mano poderosa los velos que ocultan el pasado, y descubrir los horizontes de lo venidero; mientras de tal manera presenta á nuestros ojos el espectáculo maravilloso á que asistimos verdaderamente deslumbrados y conmovidos, y facilita pródiga sus conquistas para que de ellas, como de cosa propia, se sirva el Arte, y pueda así con mayor desembarazo y confianza cumplir sus fines privados,—los cultivadores contemporáneos de este mismo Arte, si en la Escultura vuelven la mirada hacia los tiempos clásicos, y en la Arquitectura buscan inspiración en el grandioso estilo ojival, ó en el del renacimiento, en la Pintura desdeñan y repugnan el concurso de la Ciencia, es decir, no se muestran propicios á admitirle; y contentándose con lo insustancial y efímero, con lo frívolo y sin transcendencia, dan por muerta la Pintura de Historia, basándose para ello en la creencia de que la Pintura es sólo trasunto ó representación experimental de la naturaleza, y en la de que no siendo dado á nadie contemplar la realidad que fué, para reproducirla, no es ya posible al Arte la interpretación de la Historia!

Detenerme á refutar cumplidamente la afirmación indicada, que es mera paradoja, sería molestar vuestra atención inútilmente; pero dejarla pasar sin protesta, equivaldría quizás á aceptarla, lo cual sería tanto como sentar el principio de que la humana naturaleza ha cambiado; que los hombres de otros tiempos sentían y expresaban sus sentimientos de manera distinta que al presente; y lo mismo hoy que ayer, y ayer que mañana, la humanidad es, ha sido y será juguete

de idénticas pasiones. La dificultad está, según apunta con suma discreción el novel Académico, en los detalles, en los accesorios, en el fondo del cuadro, elementos todos ellos respecto de los cuales la Ciencia derrama generosa luz vivísima y refulgente, y facilita valiosísimas enseñanzas, adquiridas en experimentación lenta y laboriosa, no en el espacio de tiempo breve en que brilla un meteoro.

Por esto, á fin de restablecer en lo posible el equilibrio momentáneamente perturbado por los que se estiman devotos intérpretes del que hoy llaman Arte moderno y mañana será forzosamente arcaico, ocasiones como la presente son propicias para que sea oída, aunque de tarde en tarde, la voz de la Academia, defendiendo lo que siempre ha defendido: no dogmatismos inaceptables y cerrados de escuela, no teorías, que un viento trae y otro viento se lleva; no exclusivismos ni tendencias del momento, sino principios fijos, eternos, inmutables, que nada deben al capricho veleidoso de los hombres, sino nacidos de la voluntad omnipotente y suprema de Dios, al crear, ya organizada, la Naturaleza, con las leyes que la regulan y la determinan hasta la consumación de las edades.

Que no es, que no debe ni puede ser la Academia, como en el vulgar sentir se supone, el Panteón de los cultivadores de la forma en el Arte bello; especie de Museo de todos los arcaísmos, de todas las intransigencias y de todas las teorías pasadas; Arcópagó de las preocupaciones, de los egoísmos y de la soberbia; ni es tampoco su misión honrar y honrarse con llamar á su seno á aquellos á quienes la pública opinión señala como dignos de figurar en ella... Y, bien lo sabéis vosotros, Señores Académicos: para promover por cuantos medios resulten hábiles el estudio primero, y el cultivo después de las Bellas Artes, sin restricciones; para estimular y enaltecer su ejercicio desde las esferas oficiales; para difundir

el buen gusto, premiar á los artistas, promover concursos, abrir sus brazos, llenos siempre de amor y de cariño, á los cultivadores del Arte, guiarles, aconsejarles, sostenerles, sin desfallecimientos ni pesimismo, hoy, sobre todo, cuando de nuestra pasada grandeza, de aquella espléndida leyenda de oro de nuestra raza, sólo nos queda nuestra gloria artística, para eso y mucho más fué creada esta fundación benemérita y siempre insigne de Fernando VI.

Y después de dar gracias á nuestro nuevo compañero, quien, al desarrollar el cuadro de la Pintura moderna, ha suscitado con él estas cuestiones que conviene esclarecer, á mi juicio, para que la Academia sea estimada en su verdadero concepto; después de dároslas á vosotros, por haber oído con paciencia mi desaliñada palabra,—para ser por completo vuestro intérprete, réstame sólo alzar mi voz como los reyes de armas, y gritar recordando lo que significa la ocasión presente: *¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!*
